

"La intolerancia sólo sabe de muertos" : una conversación con Alonso Sánchez Baute

Autor(en): **López de Abiada, José Manuel**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **57 (2010)**

Heft 3: **Fascículo español. Literatura, violencia y narcotráfico**

PDF erstellt am: **16.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-271567>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

«La intolerancia sólo sabe de muertos» Una conversación con Alonso Sánchez Baute

Desde mediados de la década de los ochenta, los novelistas colombianos han sumado al tradicional asunto de la violencia un aspecto nuevo: el narcotráfico y los secuestros con fines políticos y económicos. La lista de novelas que tematizan el delito del secuestro es larga y variados son los puntos de vista. *Noticia de un secuestro* (1996) es quizá una de las más específicas y conocidas (no en vano es García Márquez su autor), pero son muchos los títulos memorables. Entre ellos figura, por sus aspectos innovadores, *Líbranos del bien* (2008), la segunda novela de Alonso Sánchez Baute, nacido en Valledupar en 1964, la misma ciudad en la que vinieron al mundo Ricardo Palmera (1950), conocido como el guerrillero Simón Trinidad y Rodrigo Tovar (1960), el jefe paramilitar alias Jorge Cuarenta, ambos extraditados a Estados Unidos por el gobierno de Uribe Vélez y presos en una cárcel de alta seguridad.

LdA. Usted es natural de Valledupar, una pequeña ciudad colombiana que hace medio siglo era todavía escasamente conocida, en la que reinaba una envidiable tranquilidad. Una ciudad de leyenda donde, como usted ha escrito, es difícil discernir entre mito y realidad.

SB. Hace medio siglo Valledupar estaba justo en la mitad de la nada. Lo único cercano era la Sierra Nevada de Santa Marta, conocida entre los arhuacos como El Corazón del Mundo, una imponente montaña donde termina esa extensa cicatriz que cubre a Suramérica desde Chile y Argentina. Es la montaña más alta con nieves perpetuas más cerca del mar.

LdA. La Sierra Nevada es un macizo de pagamento milenario.

SB. Los pagamentos son áreas para prácticas espirituales. Sus dos picos más altos, Bolívar y Colón, alcanzan los 5775 metros sobre el nivel del mar. Pero en ninguno de estos puntos radica su valor. En la Sierra Nevada de Santa Marta se conservan de la época precolombina cuatro pueblos indígenas de particular importancia: Arhuacos, Kogis, Kankuamos y

Arzarios, también llamados Wiwas. Estos indígenas se dicen llamados por los dioses para la misión ancestral de salvaguardar la tierra.

LdA. Las gentes de Valledupar tienen en su haber el vallenato, gentilicio que sólo les pertenece a los nacidos en su ciudad natal.

SB. Efectivamente, el vallenato es participio que designa a quienes nacimos en Valledupar, pero también se llama así a la música oriunda de mi región. El vallenato encarna la mezcla de tres culturas a través de sus instrumentos musicales. El acordeón alemán que se unió con la caja africana y la guacharaca de herencia indígena. Durante más de cien años, estos tres instrumentos inspiraron los cantos con los que hoy baila mi país. Los de ahora hablan de amores y malquerencias, pero los de ayer eran crónicas cantadas que contaban los sucesos del día a día.

LdA. Se dice que el acordeón no es originario de Valledupar.

SB. Una leyenda cuenta que hace doscientos años encalló en las costas de La Guajira un carguero europeo con un cargamento de acordeones de contrabando, que de inmediato desaparecieron entre los pueblos circunvecinos. Nadie sabía cómo se interpretaba ese instrumento pero hubo un señor llamado Francisco el Hombre que se hizo diestro en su manejo. Francisco el Hombre fue un juglar que se encargó de dar a conocer las noticias de pueblo en pueblo bajo las notas de su acordeón. En alguna ocasión se encontró frente a frente con Satanás, quien lo retó para ver quién de los dos interpretaba mejor el instrumento. Por supuesto, el diablo, que sabe más por viejo que por diablo, fue superior en la interpretación, pero de repente Francisco el Hombre sacó un as de su manga cuando tocó el Credo al revés. Tras cantar las últimas palabras, que en realidad son las primeras, éstas que dicen «Creo en Dios Padre todo poderoso», el diablo se evaporó y nunca más volvió a aparecer en la región. Ésta es una de las tantas leyendas que se cuentan en mi ciudad y de las que Gabriel García Márquez echó mano para llevar a su obra literaria. Valledupar dista poco de Aracataca, el pueblo donde nació García Márquez. Ambos pueblos comparten una misma cultura caribeña que hace pensar que Valledupar es ese mítico Macondo.

LdA. El relativo aislamiento de Valledupar cesó de golpe a principios de 1960, cuando se descubrió que las tierras de la región eran las mejores del país para la siembra de algodón.

SB. El algodón nos trajo riqueza y reconocimiento político nacional. Pero también nos llevó al olvido y al desastre cuando su quiebra internacional hizo colapsar toda la ciudad. Esto ocurrió a mediados de los ochenta. Muchos millonarios de la ciudad alcanzaron a invertir su dinero en la compra de tierras para la cría de ganado vacuno. Los ganaderos eran los dueños de la región y mandaban en sus fincas como si todavía estuviéramos en feudos del medioevo.

LdA. No extraña entonces que trataran mal a sus empleados, que les pagaran mal, los obligaran a dormir en barracas donde el calor era infernal.

SB. La temperatura oscila en mi ciudad entre los 28 y los 43 grados centígrados. A finales de siglo pasado mi tierra tenía cierto parecido con la época de los algodones norteamericanos, cuando los blancos disfrutaban de las mujeres de sus esclavos como si fueran propias. Fueron estos mismos trabajadores quienes, cansados del maltrato de sus jefes, pidieron ayuda a la guerrilla, que llegó a la zona primero amenazando a los ganaderos terratenientes y luego secuestrándolos, extorsionándolos y hasta matándolos.

LdA. Para entonces hacía tiempo que la guerrilla de las FARC y del ELN azotaban el país. El pensamiento de izquierda había cedido a un pragmatismo exento de inquietudes ideológicas...

SB. En 1982 se produjo la Séptima Conferencia de las FARC, donde se decidió que en adelante cada frente debía recurrir al secuestro de civiles para su supervivencia. Los frentes son los batallones en que está dividida la guerrilla en Colombia. Cada frente tributa ante un estado mayor conformado por entre cinco y siete miembros.

LdA. Volvamos a Valledupar, que es la capital del departamento del Cesar. Una de las familias más importantes de Valledupar es la de los Palmera.

SB. Los Palmera es gente de prestancia social e intelectual, entre quienes se contaba Ovidio Palmera, un abogado tan recto y estudioso que era conocido como «La conciencia jurídica del Cesar». Ovidio era padre de dos hombres y dos mujeres y estaba casado con una de las damas más hermosas de Valledupar. Su hija mayor, Leonor, fue reina de belleza, y su hijo menor, Ricardo Palmera Pineda, terminó en la guerrilla. Ricardo fue un joven inquieto intelectualmente que desde la adolescencia se preocupó por conocer las ideas marxistas y de los grandes pensadores de la izquierda mundial.

LdA. No obstante, cuando el futuro guerrillero fue a estudiar Ciencias económicas hacia 1969 en Bogotá (Palmera nació en 1950) eligió una universidad a la que asistían los hijos de la aristocracia.

SB. Es cierto. En su época como universitario se hizo muy amigo de los hijos del entonces presidente de la República, Misael Pastrana Borrero. Uno de ellos, Andrés, fue luego presidente también y el encargado de convocar a su amigo a las conversaciones de paz en el Caguán en el año 2002.

LdA. Me consta que Ricardo Palmera era un fanático de la cultura y que en Valledupar montó obras de teatro.

SB. Así fue. Con su amigo Jaime Perozo, quien luego fue acusado de hacer parte de la guerrilla, fue tomado prisionero por el ejército y torturado. Y precisamente por esta amistad, Ricardo Palmera también fue acusado de lo mismo, pero en realidad era inocente. Fue esposado públicamente ante el pleno de la sociedad de Valledupar y trasladado a Barranquilla, donde fue torturado tras cubrirle la cabeza con una funda de tela y amarrarlo a una silla de pies y manos. Gracias a los buenos oficios de su poderosa familia fue puesto en libertad, pero ya nunca volvió a ser el mismo.

LdA. Ricardo Palmera fundó, con varios amigos, un partido político con base social distinta de los dos partidos tradicionales en aquel momento en Colombia: el liberal y el conservador.

SB. El partido de Ricardo y sus amigos se llamó Causa Común, al que pronto se adhirieron miles de seguidores. Pero la clase ganadera no estaba dispuesta a dejarse quitar lo que consideraba suyo y las amenazas de muerte se volvieron frecuentes en la vida de ese joven que de día trabajaba como gerente de un banco y de noche se reunía, clandestinamente, con sus amigos de partido.

LdA. El presidente Belisario Betancur había creado las bases para que las FARC se organizaran también como partido político, conocido como Unión Patriótica o FARC-UP.

SB. Sí, pero la derecha colombiana no estaba dispuesta a abrir un espacio a la izquierda. Los asesinatos a miembros de la UP se volvieron pan de cada día. Cuando el partido local Causa Común se alió con los de la UP, sus miembros también comenzaron a ser asesinados. Llegó el momento en que sólo quedaban en pie sus dirigentes. Varios de ellos tomaron la opción del exilio europeo. Algunos todavía viven entre Estocolmo, Ginebra, París y Madrid. Ricardo Palmera Pineda fue uno de los pocos que prefirió entrar a la guerrilla. En 1987 se convirtió en el guerrillero Simón Trinidad. El 5 de diciembre de 1987 fue su última noche como «civil».

LdA. Simón Trinidad fue extraditado hace algún tiempo a Estados Unidos.

SB. Sí, por el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, tras haber sido capturado en Ecuador. Fue enviado a una cárcel de alta seguridad en Washington, a la que años después fue extraditado también su mayor enemigo, el hombre al que más ha odiado en la vida, el jefe paramilitar alias Jorge Cuarenta. Una historia que parece sacada de una novela de García Márquez. Durante más de quince años Simón Trinidad y Jorge Cuarenta se convirtieron en enemigos acérrimos, uno desde la guerrilla y el otro desde los grupos paramilitares, pero nunca se encontraron frente a frente en la guerra. El destino quiso que volvieran a encontrarse en una cárcel de alta seguridad de los Estados Unidos tras haber sido extraditados, donde convivieron durante un tiempo entablando amistad, también para campar mejor en un lugar tan difícil de sobrellevar la vida cotidiana.

LdA. El destino quiso que volvieran a encontrarse. ¿Es que acaso no se habían visto antes?

SB. Claro que sí. Eran vecinos y tenían amigos comunes en Valledupar. «Jorge Cuarenta», uno de los paramilitares más sanguinarios de la actual guerra que se libra en Colombia, se llama en realidad Rodrigo Tovar Pupo, y es el heredero de una de las familias más tradicionales y prestantes de Valledupar.

LdA. Rodrigo Tovar Pupo nació en 1960, por lo que tiene unos pocos años más que usted, y seguro que hasta jugaron juntos. Cuente algo de él.

SB. No es mucho lo que se pueda decir, pues su historia se condensa en pocas palabras: parrandas, mujeres y buen humor. Eso que los colombianos llamamos «mamagallismo». Luego de su paso por la universidad, de su matrimonio con una mujer de su misma alcurnia y del nacimiento de sus tres hijos, su hoja laboral iba en ascenso hasta que la guerrilla se atravesó en su camino, secuestrando primero a su cuñado, luego a una prima hermana, y escapando él mismo y su padre de un intento de secuestro por negarse a pagar la vacuna, eufemismo para nombrar la extorsión. Los guerrilleros los extorsionaban como garantía de que no los secuestrarían, de que no incendiarían sus fincas, de que no quemarían vivas a sus vacas o sus negocios. Cuando hablo en plural no me refiero exclusivamente a la clase alta. Todo aquel que tenía un mínimo de dinero, la más pequeña propiedad, era una víctima en potencia. Como él, cada familia vallenata que había sido violentada o temía serlo por la guerrilla acudió al ejército buscando protección. Los militares dijeron que ellos no estaban para resguardar las propiedades de unos cuantos ricos y que tampoco podían garantizar la vida de los colombianos. Esto me dijo «Jorge Cuarenta» cuando lo entrevisté en la cárcel:

Los vallenatos de mi generación somos el eslabón intermedio de la cadena que trenza la dicha del pasado y el dolor de unas congojas posteriores que no merecíamos ni debimos padecer; para cuando alcancé los 27 años, mi entorno de ensoñación se esfumaba al tiempo que se extinguía la inocencia de una historia de armonía, que vivimos sin saber que la existencia humana tenía otra orilla. De pronto, todo empezó a cambiar y conocimos un rostro que jamás habíamos visto: descubrimos el miedo. Súbitamente nos volvimos esclavos de nuestros temores y

uno a uno desfilamos como corderos ante una tiranía foránea cuya génesis tardamos mucho en entender.

LdA. ¿Es cierto que fueron los propios militares quienes incitaron a los civiles a agruparse como autodefensas o grupos paramilitares?

SB. Por absurdo que parezca, así sucedió. Todavía se escuchan estas historias a pesar de que sucedieron hace más de quince años: hombres y mujeres víctimas del secuestro o de la extorsión que acudieron al batallón en busca de amparo y protección y recibieron por respuesta una rotunda negativa. Lo que ocurrió después es historia por todos conocida en Colombia. Rodrigo Tovar Pupo marchó al monte a convertirse en uno de los jefes paramilitares más crueles, acusado por la justicia del asesinato de al menos cinco mil hombres.

LdA. Líbranos del bien, su última novela, pulsa muchos acordes, entre ellos el de la historia paralela de Palmera y Tovar, ambos con estudios, dinero y reconocimiento social, que se conocían casi desde la infancia, o al menos desde jóvenes, pues sólo se llevan diez años...

SB. Amigos de infancia que partieron a la guerra desde orillas diferentes, pero ambos convencidos de estar obrando de acuerdo con lo aprendido en la sociedad donde crecieron convencido cada uno de que había sido escogido de entre todos los demás hombres para salvar al pueblo —a Colombia— del mal. Cada uno se creía el Mesías enviado a la tierra a luchar por las fuerzas del bien. De ahí el nombre de mi novela: *Líbranos del bien*. El título tiene fácil explicación: si para hacer el bien hay que secuestrar, extorsionar y matar a tantos hombres como ellos hicieron, entonces ¿qué queda para lo malos?

En el último capítulo de la novela, el narrador-autor se pregunta: «¿Qué le quedó a Valledupar a la vuelta de estos veinte años de violencia?», y responde: «Nada, salvo un reguero de muertos. ¡La violencia no sirvió pa' ni mierda!» Y cierra con una constatación que el narrador-autor no hesita en calificar de moraleja:

La intolerancia sólo sabe de muertos. Al momento de actuar el terrorismo no mide distancias entre la izquierda y la derecha. De hecho, ni siquiera son tan diferentes los soldados que luchan por uno u otro bando. Si hasta son idénticos.

No es éste el lugar para referirse con detenimiento a la novela, o, menos aún, entrar en una exégesis calibrada de sus méritos. Me contento con señalar que su principal aporte radica en la polifonía de cuatro voces: la del narrador, que coincide con la del autor, la de la cocinera negra Lola Moscote («empleada doméstica», la llama doña Josefina Palmera, una solemne y majestuosa anciana de 102 años, que relata al narrador, Alonso Sánchez Baute, su versión de los hechos; mas doña Fina, a despecho de su apelativo o nombre cariñoso, es basta, tosca y hasta grosera, amén de homofóbica incondicional, defensora del machismo, racista y con un concepto de clase un tanto trasnochado), la de la indígena Leonor Zabaleta y la del sindicalista Tulio Villa. Volveré sobre este aspecto en ocasión más indicada.

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
Universidad de Berna